

## **El desafío del impacto tecno-científico. Libertad y responsabilidad**

*Dina V. Picotti C.*

El despliegue progresivo de la racionalidad filosófico-científico-técnica de la actual civilización planetaria hacia todos los ámbitos de la realidad, desde los más próximos hasta el espacio cósmico, hace que nos encontremos en un mundo de la total sistematización, disponiendo de grandes posibilidades, a la vez que estando también expuestos a graves riesgos. La conciencia posmoderna ha registrado la ambigüedad de este impacto, asumiendo la pérdida de vigencia de las categorías y relatos metafísicos en la que paradójicamente desembocó aquel despliegue, sea en una búsqueda de nuevos criterios de verdad y legitimación, o bien de una mejor realización del proyecto moderno de racionalidad, o simplemente conviviendo con la pluralidad de juegos de lenguaje dada de hecho en esta reconfiguración de la sociedad contemporánea.

Se trata de situaciones nuevas en tanto nos hallamos ante mutaciones que afectan la naturaleza profunda, la calidad del actuar humano, como resultado del operar de las tecnociencias en los diversos ámbitos, tales como la vida, el medio ambiente, la economía, la política, los medios masivos de comunicación, etc., lo que demanda reflexión y decisiones<sup>1</sup>.

### **El medio ambiente**

Por primera vez en la historia humana, ésta es autora de acciones cuyos efectos perjudiciales alcanzan dimensión no sólo planetaria sino cósmica, según se registra en fenómenos como los del efecto invernadero, el daño de la capa de ozono, la polución del agua, lluvias ácidas, depósitos de deshechos nucleares, depósitos de especies vivientes, etc.

Por su misma escala de despliegue, estas mutaciones cualitativas constituyen directamente una demanda. Fenómenos naturales que antes parecían necesarios y eran percibidos como destino, al interferir con los proyectos humanos hoy aparecen como efectos de la intervención del hombre en el curso de las cosas. La naturaleza, a cuyo abrigo vivía y cuya hostilidad no podía alterar de modo duradero sino dentro de ciertos límites, ahora es manipulada y amenazada a nivel de los grandes equilibrios, que han permitido el desarrollo de la vida, la aparición humana y su crecimiento; en la época de la técnica moderna la relación se ha invertido, por ello el efecto acumulado de los progresos que condujo a tal inversión reviste una significación cualitativamente diversa.

Los problemas del medio ambiente requieren, sin duda alguna, una consideración interdisciplinaria, dadas sus múltiples facetas, que además no podrá limitarse a describirlos y explicarlos, sino que deberá comprender y proponer actitudes y medidas a las conciencias individuales y a las políticas comunitarias. Sobre todo teniendo en cuenta que, en el caso de nuestros propios países, las ciencias humanas siempre se vieron como disciplinas comprometidas, que surgieron de procesos sociales y pretendieron volver a ellos para iluminarlos en todas sus implicancias y avanzar hacia nuevas formas de investigación y reflexión más adecuadas a sus exigencias.

Se ha hablado, con respecto a estos problemas, de la necesidad de encarar un desarrollo 'sustentable', compatible con el sistema ecológico, puesto que el crecimiento económico se hizo a expensas de los recursos naturales, y de la exigencia de replanteo de las relaciones internacionales para un uso más equitativo de éstos, empleados en su mayor parte y malgastados por el mundo desarrollado, y para la corrección conjunta de los factores que los perturban. En América Latina se ha señalado la relación entre el endeudamiento externo y la sobreexplotación de los mismos, que deberá traducirse en un replanteo de las relaciones norte-sur, así como el hecho de haberse adoptado pautas de la sociedad de consumo, que alejaron del sentido comunitario y habitacional de la propia identidad<sup>2</sup>.

Se ha caracterizado el daño ambiental como una crisis de la civilización, un cambio más radical que el de la Revolución Industrial, sólo comparable al surgimiento de la agricultura, que provoca formas nuevas de responsabilidad. Creemos que sobre todo exige un cuestionamiento radical acerca de la relación del hombre con los demás seres y consigo mismo. Se ha venido tomando conciencia de la necesidad de respeto por el ecosistema, ya demasiado afectado por la intervención humana, a fin de que nuestra vida siga siendo posible, y si bien en las consideraciones más profundas se replantea la relación del hombre con la naturaleza, no sólo en el sentido de que ésta no sea indiscriminadamente reducida a objeto de su conocimiento y materia de su operar, sino de que tenga en cuenta la suya propia en la totalidad de sus aspectos, se muestra preciso radicalizarlas aún más, hacia un ámbito originario en el que puedan realmente fundarse y alcanzar todo su significado. Si se prioriza la referencia científico-técnica a lo entitativo, como es característico de la civilización mundial, aun en la variedad de su concepción paradigmática, se deja de lado la originaria referencia al ser como acaecer, se derrumba el mundo en tanto ensamble de su verdad. Es tarea del pensamiento contribuir a mantener abierta esta posibilidad de ensamble, desde la actitud de escucha a la determinación que habla siempre en un destino –en el sentido de lo que se dispone desde ese acaecer–, aún, o más bien particularmente en una época como ésta de ocaso y tal vez de nacimiento de otras posibilidades.

Siempre más inmerso en las aventuras de una racionalidad independiente, aunque se trate de las actuales ‘aventuras de la diferencia’, el hombre ha olvidado la esencia habitante de su ser, su originaria inserción en el cuarteto del mundo, como lo señalaba una sabiduría inmemorial de la humanidad, para salvar y no devastar la tierra, abrirse a los signos del cielo, venerar lo sagrado y acompañar a sus congéneres; ha perdido la capacidad de reconocer en las cosas la reunión del mismo cuarteto y de acogerlo y nombrarlo en un lenguaje fundante, aunque lo rescate a veces el arte, o bien, paradójicamente los juegos de aquella aventura, y el reconocimiento contemporáneo de su carácter configurador lo acerque a su dimensión originaria<sup>3</sup>.

## **b. El desarrollo y la economía**

Con el desarrollo se dan otras formas de cambio cualitativo en el actuar humano. Mientras el progreso había sido concebido en términos de acumulación, de crecimiento cuantitativo, el desarrollo pone en juego significaciones, valores que no se adicionan. Se juega en una amplia escala espacial y temporal: liga el destino de las poblaciones del norte desarrollado con las del sur, opera a larga duración excediendo las gestiones de políticas nacionales a corto y mediano plazo.

No se puede tener de él un concepto neutro. En tanto afecta al ecosistema, coincide con todos los problemas relativos al medio ambiente, y en tanto tiene que ver con bienes y su repartición planetaria, plantea un problema de conveniencia humana y de justicia, que excede a la mera lógica del desarrollo y del mercado; tal como se ha dado de hecho, convive con la pobreza, a menudo extrema, de las dos terceras partes de la humanidad. Cuando de este u otros modos se olvida la finalidad humana, no teniéndose en cuenta más que la utilización máxima de los medios, se registra un tipo de desarrollo que no puede ser considerado realmente tal.

Examinado desde el punto de vista económico, se trata de satisfacer las necesidades reales de todos, cuyo sentido excede a la mera eficiencia. En el caso particular de nuestros países, como de modo semejante en el de los africanos y asiáticos, se tiene la experiencia de haber sido más bien objeto que sujeto, materia prima, que ahora alcanza hasta a la misma vida humana, convertida en materia de experimento o en mercancía para las posibilidades que genera la ingeniería genética<sup>4</sup>.

Contemplado en sí mismo y teniendo en cuenta la orientación en que efectivamente se ha desplegado, cabe replantear su misma idea, desde el contexto más amplio de la historia humana concreta en sus diversas vías y modos culturales, que ofrecen otras tantas posibilidades de concepción y práctica, así como, asumidos en tanto sujetos, en equidad de condiciones, evitarían predomios e instrumentación.

Dichas vías ofrecerían propuestas sustanciales para reformular la racionalidad abstracta con que se ha desplegado la concepción económica del mero cálculo y eficiencia. En primer lugar, volverían a insertar el orden económico en las comunidades históricas<sup>5</sup>. Éste suele ser entendido como la organización metódica del trabajo y la racionalización de las relaciones entre la producción, circulación y consumo, constituyendo un mecanismo social abstracto, hoy intensificado por la mundialización de los métodos de trabajo y del mercado. Desde aquéllas es posible volver a pensar el trabajo como realización humana, no contra sino en la naturaleza, reencontrando entonces su sentido, y la economía como satisfacción de las necesidades reales de todos, aun en nuestra era técnica, evitando la división injusta del trabajo y la inseguridad del individuo librado a una mecánica social; es además factible recrear la mencionada racionalización con modos y estrategias procedentes de otras formas de vida. En esta perspectiva se relativiza la así llamada ética de la empresa, en la que la responsabilidad parece relacionarse con la imputación a un agente para ser eficaz y corre el riesgo de ser una astucia refinada de la ideología productivista, subordinando a su finalidad la propia realización de las personas; abandonada la empresa a sí misma no es viable más que la idea de una negociación entre componentes heterogéneos y finalidades diferentes, inserta en el sentido de una economía repensada las oposiciones debería resolverse en éste.

### **c. Las ciencias y tecnologías de la vida**

También aquí nos encontramos con mutaciones profundas, que si bien no alcanzan una escala espacio-temporal como las del medio ambiente o del desarrollo, sin embargo su trascendencia es de una magnitud que puede modificar la evolución de la especie humana. Además de reunir un carácter acumulativo irreversible, se ejercen en zonas antes inaccesibles a la intervención del hombre, interfiriendo en experiencias inmemoriales de pasividad, como las de haber nacido, ser heredados, ser de tal o cual carácter. Se trata de un cambio de horizonte sobre el fondo de horizonte de la biosfera, en el que se inserta. Las modernas disciplinas bioquímicas y biológicas son resultado de una apasionante

investigación y comprensión de los mecanismos celulares más íntimos y ofrecen un poder, hasta hace poco inimaginable, de incidencia sobre los procesos que sustentan la vida e incluso de cambio. Se habla por ello de era biológica y también de era infobiónica, al tenerse en cuenta el estadio informático de evolución tecnocientífica en el que se da.

Afectan a los diversos ámbitos de la vida. En el de la reproducción, con las técnicas de contracepción, inseminación artificial y fecundación in vitro. En el de la herencia y el genio genético, con intervenciones terapéuticas, pero también con programaciones, lo que se ha dado en llamar ingeniería genética. En el sistema nervioso, a través de la programación cerebral. Previamente, las técnicas de trasplantes de órganos ofrecieron la posibilidad de superar deficiencias insalvables o accidentales, a través de procedimientos autoplásticos –procedentes de la misma persona– o aloplásticos –de otro cuerpo, humano o animal, vivo o difunto–. La trascendencia de estas intervenciones suscitó una demanda de regulación ética, a fin de que los diversos intereses puestos en juego –terapéutico, investigativo, transformador u otros– se subordinen con responsabilidad a la humanización. También aquí se exige un tratamiento interdisciplinario, que encare todos los aspectos posibles y su interrelación. Las reuniones internacionales que han tenido lugar, se orientan hacia una legislación que establezca pautas adecuadas al fin humanizador antes mencionado.

Numerosas publicaciones de bioética<sup>6</sup> ofrecen reflexiones al respecto. De ellas recogemos algunos criterios para nuestra propia consideración final:

- la validez de la investigación de la naturaleza humana, como del resto de la realidad, que no puede ser obstaculizada o impedida por falsas sacralizaciones;

- la exigencia de una consideración interdisciplinaria, por cuanto no se trata sólo de un problema científico o tecnológico, sino de lo humano en todos sus aspectos;

- el respeto en toda consideración, tratamiento e intervención, a la peculiaridad humana desde la vocación integral de la persona, que no puede ser reducida a mero objeto y debe poder disponer libremente de sí misma. Cabe además la consideración del bien de la comunidad, en tanto trasciende al del individuo, aunque sin imposiciones a éste;

- en el ámbito genético, la terapia casi se ha reducido hasta el presente a una terapia paliativa, en cuanto no elimina el defecto radical, que continúa transmitiéndose hereditariamente; aún no se practica la corrección o reemplazo del gen anormal, aunque la progresiva decodificación de los genes conducirá a ello. Es innegable su coherencia y valor, que ha de ser confrontado con la magnitud de los riesgos y una calidad más humana que otras alternativas, como el aborto. Ante la ingeniería genética o intervención de los genes, pretendiendo una transformación de patrimonio genético, si bien la posibilidades reales son todavía bastante hipotéticas, cabe por una parte pensar que es valioso todo intento de construir un hombre mejor, dado que éste es histórico, y aquí se impone como criterio general el de humanización, dentro de lo cual habrá que discernir los límites y pautas para una realización coherente: aparece por ejemplo discutible la visión pesimista de la vigencia de un deterioro genético, que exageraría la importancia de la intervención, porque además del aspecto genético tiene gran peso el ambiente como factor de humanización; en caso necesario habrá que sopesar la proporción entre riesgos y ventajas. No es plausible querer alterar la unidad de la especie humana como proyecto integral, ni emplear un criterio utilitarista que no respete el misterio inalienable de la persona humana;

- en el caso de la programación cerebral, sobre la base de su grado de viabilidad científica, en principio aparecen como valiosos su conocimiento y posibles aplicaciones para una mejor interpretación del hombre, para fines terapéuticos y para una potenciación de las posibilidades humanas. Habrá que tener en cuenta, con perspectiva interdisciplinaria, a todo el sujeto, respetar la identidad personal a nivel de decisión y de resultados. En las intervenciones especiales, a través de drogas psicoactivas o psicotrópicas, cirugía plástica, control

físico de la mente o estimulación eléctrica, es preciso considerar la coherencia de los comportamientos inducidos y los riesgos;

- en el caso de los trasplantes de órganos, no suele haber reparos con respecto a los autoplásticos, dado que es la totalidad de la persona la que impone el criterio, y si para salvarla se admite la pérdida de un miembro, tanto más lícito será el trasplante de una parte del organismo a la parte afectada. La situación es más compleja con respecto a los aloplásticos: tratándose del trasplante de un organismo animal a uno humano, será lícito mientras no altere la personalidad, como en el caso de glándulas sexuales; desde un organismo vivo humano a otro, no ofrecerá reparos cuando, supuesta la libertad del donante y teniendo en cuenta el valor de la solidaridad humana y suficientes probabilidades de éxito en la intervención, no someta a aquél a graves riesgos, no cause consecuencias sustanciales en su funcionalidad y operatividad, que puedan ser con el tiempo reintegradas o reparadas; desde un organismo muerto a vivo, aparece lícito y recomendable para el bien de las personas vivas, siempre que haya una debida constatación de la muerte del donante antes de la extracción del órgano correspondiente, se cuente con la previa voluntad explícita de éste o en su defecto de sus parientes –para lo cual importa educar a la opinión pública en la solidaridad y legislar adecuada y severamente a fin de evitar delitos ya ocurridos, como la venta de órganos y el mismo homicidio para ese objetivo–, se considere el costo de la intervención y sobre todo los riesgos con respecto al éxito y a las posibilidades de alteración de la personalidad, por ejemplo en el caso de que en el futuro se logren trasplantes cerebrales o de órganos genitales.

## **d. La informática y los medios masivos de comunicación**

Mientras el cálculo y la matematización fueron decisivos en la ciencia moderna, el último estadio de su desarrollo se caracteriza por la cibernética e informática, que reduce el ente a información codificable y juega con lo real como modelo computacional<sup>7</sup>. Aquí nos encontramos nuevamente con una mutación cualitativa. El salto informático ya ha desplegado una sociedad digital



de la comunicación, y en una segunda etapa, en su aplicación a la biología, en el campo específico de la genética, primero vegetal y animal, ahora humana, su objetivo es la manipulación de la vida, mientras se termina de consolidar la mencionada sociedad.

Los medios masivos de comunicación la reconfiguraron<sup>8</sup>, no en el sentido en que se podía esperar, considerando que resultan del despliegue de la lógica filosófico-científico-técnica, de una sociedad más consciente de sí, más ilustrada y transparente por sus posibilidades de información a tiempo de todo cuanto sucede en el mundo, sino por el contrario como más compleja y caótica. Por una parte producen un efecto de homologación a través de slogans, propaganda y una visión estereotipada de las cosas, penetrando todos los ámbitos, aun los más privados y dolorosos, que se convierten en mero objeto entre las redes de la información, al que parece reducirse el lenguaje, él mismo objeto manipulable; se disuelven los grandes relatos, las categorías metafísicas y su concepto de ser y verdad, los puntos de vista centrales para 'la gran aldea', tal como lo acusaron los análisis de Orwell y antes de Adorno y Horkheimer<sup>9</sup>. Pero por otra parte dieron lugar, por efecto de su propia lógica de abarcarlo todo, a una diversificación y multiplicación de visiones de mundo, registrándose culturas de todo tipo que introducen sus propios lenguajes. Entre nosotros, donde ya se habían observado estrategias para entrar y salir de la modernidad y convivir con la civilización, éstas ejercen su mediación con respecto a los medios, vistos desde el receptor<sup>10</sup>.

Éste es sin duda el efecto más importante producido por los media y lo que ha determinado el paso a una conciencia posmoderna, junto con el fin del imperialismo o al menos de su transformación. Cada vez se hace menos concebible la idea de una real y perfecta objetividad; el mundo verdadero se convierte en fábula, como lo había afirmado Nietzsche reconociendo el nihilismo europeo; ya no puede pensarse en un dato objetivo que esté por debajo o más allá de las imágenes de los media, en un en-sí al que no se ve cómo ni dónde se pueda acceder, sino que más bien observamos el entrecruce o contaminación de múltiples imágenes, interpretaciones y reconstrucciones que compiten entre sí o

de cualquier manera sin coordinación central. Ya no puede pensarse en un ideal emancipatorio, a partir de una autoconciencia o de un perfecto conocimiento de lo que las cosas son o de cómo están, sino sólo parece caber orientarse sobre la base de la oscilación, la pluralidad, la erosión del principio de realidad. La libertad ya no puede regirse por el conocimiento de una estructura necesaria de lo real y la adecuación a ella, como lo fue para una actitud metafísica, sino según lo previeron Nietzsche y Heidegger, debe jugarse ante una experiencia de ser no estable, fijo, permanente, sino eventual y una verdad como consenso, diálogo, interpretación<sup>11</sup>.

Esta conciencia eventual de ser y configuracional de verdad no nos deja, sin embargo, librados a un mero relativismo, escepticismo, tolerancia o juego del poder por el poder, sino que más allá de estructuras y categorías ya no válidas, puede movernos a saltar a un ámbito más originario, al esenciarse mismo del ser y del lenguaje, en el que puedan ubicarse nuestros juegos y apreciarse sus configuraciones. Se trata, no de determinar nosotros al lenguaje, en una relación de sujeto a objeto, ni de ser meramente determinados por un juego lingüístico como el desplegado por los medios masivos de comunicación, sino de aprender a habitar el lenguaje, a escuchar lo que dice de sí, a reconocerlo no como mera capacidad humana sino como la relación de las relaciones, que en su nombramiento otorga el 'es' a las cosas<sup>12</sup>.

## **e. Ética, economía y política**

La demanda de una reflexión y acción éticas que surge de estas mutaciones cualitativas del proceder humano, hace que deba caracterizarse antes lo ético para discernirlo en cada uno de los aspectos antes considerados. Y dado que ello, según la actual situación posmoderna, habrá que hacerlo más que desde normas y principios, que habría que legitimar, desde convicciones comunes, consensuadas, nos referiremos a la actitud ética, distinguiéndola de la moral que se define en relación con normas y leyes, y como previa a ésta.

Lo ético no puede ser tratado sino en relación con la libertad, entendida en su sentido originario como el 'poder ser', antes que el poder elegir, derivado de aquél. El despliegue de la libertad, que marca la historicidad humana, se verifica como una odisea,<sup>13</sup> un esfuerzo atravesado por dificultades y negaciones, que se inicia con la reivindicación de libertad del yo y ha de ser testimoniada por sus obras, en la lucha por el logro del sí mismo; en este camino el encuentro con los semejantes hace que la relación consigo se entrecruce en relación interpersonal con quienes también reivindican libertad, y no sólo los más cercanos, a quienes se refiere el nombre tú, sino asimismo los más lejanos, que denominamos con la tercera persona y cuyo reconocimiento es más difícil, soliendo ser marginados. Tal interrelación, que también pasa por toda clase de desconocimientos, hasta por la misma muerte, toca ya el ámbito comunitario, mediado por normas y reglas. Y puesto que toda comunidad histórica está organizada, incluye los ámbitos político y económico, a los que corresponde también una ética, a pesar de que el proceso abstractivo moderno, al desvincular la polis de su arraigo comunitario e histórico, tendió a hacer prevalecer la racionalidad independiente del mero interés, eficiencia y cálculo.

Una política ética ha de crear espacios de libertad, en los que pueda desplegarse todo el cuerpo comunitario según sus propias necesidades y el desafío de los tiempos, por lo que las instituciones, en tanto órganos vivos, han de ser adecuadas constantemente a través de la participación responsable de gobernantes y ciudadanos. Ello no se limita a las políticas estatales, sino involucra espacios políticos más amplios –regionales, continentales, internacionales– de cuyo buen logro, se advierte ahora más que nunca, depende la realización de las primeras.

Lo político, en tanto organización de las comunidades históricas, es el lugar donde se focalizan los problemas de todos los sectores, y para la cuestión que consideramos, es donde el carácter problemático de las mutaciones se redobra con el de lo político en cuanto tal. Es así como en la época en que la democracia parece aventajar a otros sistemas, su representatividad entra en

crisis por falta de suficiente participación de los ciudadanos, y de todos ellos, en la vida pública. A diferencia de otros sistemas, que fundamentan su autoridad en entidades previas o superiores, su legitimación está siempre en curso, no por accidente sino por constitución<sup>14</sup>; la declinación de las ideologías y el ascenso del individualismo revelan que no cesa de fundarse. En el caso de nuestros países se agrega, además, la problematicidad de sus modelos de estado y de instituciones en general, no surgidos de sus propios cuerpos comunitarios sino adoptados, con el consiguiente desajuste con respecto a las reales exigencias de todos. Carecen por lo tanto de verdadera representatividad y legitimidad, de espacio público adecuado para decisiones éticas, que conduzcan a una buena relación entre los hombres y con las cosas, a la perduración y el despliegue de toda la comunidad según sus propias potencialidades<sup>15</sup>. Aunque no deja de haber también esfuerzos para encaminarse hacia ello y algunos logros.

Entonces, la moralización de la vida pública se destaca sobre un fondo problemático que afecta a todos los sectores de la vida social, en tanto cada nueva zona de poder lo es de una responsabilidad que apela a decisiones éticas, que no tendrían fuerza sin el poder público, por ejemplo para orientar adecuadamente la economía, financiar la investigación, sobre todo en los aspectos más requeridos, conducir hacia técnicas apropiadas, etc.

Al hablar de intención ética nos encontramos con la cuestión del valor, obra de la espontaneidad de la libertad humana, o sea, de su capacidad de reconocimiento o valoración, por lo que los valores son descubiertos y no creados, y de innovación y renovación, a diferencia del ser-hecho. La antinomia de que por una parte nos precedan, en tanto somos herederos de un pasado transmitido, y entonces parecieran suprimir la libertad, y que por otra, al ser obra nuestra, parecieran estar librados al mero arbitrio, revela una relación circular entre pertenencia, propia de toda conciencia histórica, y distancia, propia de toda conciencia crítica, que desentraña tal antinomia descubriendo al valor en su dimensión histórica. Ello nos orienta hacia una actitud que para ser adecuada habrá de reunir en un mismo movimiento tanto el aspecto de interpretación y

asunción, como el de crítica y recreación. Las ciencias humanas revelaron en su desarrollo tendencias opuestas según uno u otro aspecto y el debate mostró la exigencia de una síntesis.<sup>16</sup> De este modo la hermenéutica, haciéndose cargo de la herencia histórica, no sólo rehabilita en cierta medida el prejuicio, la autoridad y la tradición, como lo hiciera el romanticismo frente a la ilustración en el s. XIX, sino que reintroduce un momento crítico como factor dialéctico necesario a su propio proceso de interpretación. Aquí se hace aprovechable la obra llevada a cabo contemporáneamente por la crítica de las ideologías, que llama la atención acerca de la necesidad de asumir la estructura antropológica fundamental que se articula como obra, poder y lenguaje, por lo que sobre todo el problema de los valores resulta insoluble mientras se lo plantee sólo teóricamente. Habermas<sup>17</sup> identifica como primera metacrítica, con respecto a la crítica kantiana, al señalamiento marxista de la prioridad del interés sobre el conocimiento y considera que la tarea no consiste sólo en desenmascarar los intereses en toda pretensión de conocimiento puro, sino en desplegar su diversidad; cada uno de los tres tipos que reconoce –instrumental, de comunicación o práctico y de emancipación– es condición trascendental para cierta esfera de sentido, porque determina las condiciones a priori de aprehensión de su tipo de objetos y rige su tipo de cientificidad. En la esfera que preside el tercer tipo de interés nos encontramos con la cuestión de los valores y con el ámbito de las ciencias humanas: la libertad, o más alto valor, se capta a sí misma como proceso de emancipación; las ideologías representan distorsiones en el nivel de la obra, el poder y el discurso, que por ser inconscientes no pueden ser comprendidas ni explicadas sino de modo semejante a los procedimientos psicoanalíticos; el desenmascaramiento apunta a obtener una comunicación que no existe. Aunque no bastará la crítica, sino que se requerirá una reinterpretación de las herencias del pasado, y en el caso particular de los valores una transvaloración, para poder generar una acción comunicativa a partir de una experiencia dada.

Sin embargo, la hermenéutica que aquí se imbrica y que a su vez se redefinió asumiendo un momento crítico requiere, como observa G. Vattimo<sup>18</sup>, continuar redefiniéndose para asumir el desafío actual de la conciencia

posmoderna, incorporando un sentido eventual de ser y configuracional y retórico de verdad, que permitirían una 'ética de la interpretación'; a pesar de la fragmentariedad, discontinuidad y multiplicidad de centros históricos que registra la conciencia contemporánea, tras los medios masivos de comunicación y las tecnociencias, no necesariamente debemos librarnos a una esquizofrenia, sino que la experiencia ofrece también condensaciones de sentido que permiten la constitución de criterios rectores y de opciones. Por nuestra parte, situándonos además en nuestro propio contexto histórico latinoamericano, caracterizado por la convivencia de civilización planetaria y diferentes culturas, la situación posmoderna no causa tanto desconcierto ni parece tan novedosa, en todo caso produce un efecto liberador, al menos en lo que respecta a la aceptación de la diferencia, y exige ampliar y ahondar la redefinición hermenéutica: porque no se trata sólo de un saber que corresponda a la historicidad de la existencia, en la complejidad de sus aspectos y del devenir, tal como lo intenta una hermenéutica de vía larga<sup>19</sup> integrando las diversas interpretaciones, y la asunción recién mencionada de la experiencia posmoderna, sino de hacerse cargo de los diferentes modos de inteligibilidad y racionalidad que presentan las culturas y de reconocer la constitución histórica y diferenciada del logos humano, su status 'interlógico', es decir, su hacerse en la interrelación fáctica de los juegos del lenguaje, para operar desde allí.

Entre el diagnóstico de las mutaciones cualitativas a las que nos hemos referido, que provocan el resurgimiento de cuestiones éticas, y la búsqueda de fundamentos válidos capaces de responder a las expectativas de los hombres de ciencia y de los ciudadanos en general, varios autores<sup>20</sup> apelan con razón al plano intermedio de las convicciones comunes, como paraje obligado de la reflexión, sobre todo porque nos encontramos en la situación paradójica de que las exigencias éticas presionan tanto más cuando su justificación última se hizo problemática, hasta el punto de sentirse tentados a considerar este hecho como una nueva mutación. A pesar de que la falta de justificación última pueda dejar en suspenso a la moral, sin embargo consideran que este régimen provisorio de la mera convicción es suficiente para la práctica individual y colectiva, y ven

confirmadas sus hipótesis de trabajo en el darse un mayor acuerdo y efectividad a nivel de las convicciones que de la reflexión fundamental; asimismo las respuestas de los opinantes se divide en dos grupos precisamente en el plano de las convicciones, a saber, los que apelan a un fondo común duradero de convicciones siempre disponible que no es tocado por la crisis de fundamentos, y los que acentúan convicciones nuevas o una nueva formulación de convicciones anteriores, en respuesta a las mutaciones del actuar humano en la era técnica. O sea, convicciones de fondo y de primer plano, pareciendo las primeras casi inamovibles y las segundas desarrollarse rápidamente; dos posturas legítimas, cada una en un aspecto, puesto que ante las mutaciones cualitativas se puede apelar a los rasgos más estables de la condición humana, pero también asumir como un desafío la novedad de situaciones inéditas replicando con una reformulación apropiada de anteriores imperativos.

En una sociedad democrática las convicciones, en su efectividad cultural, convergen fuertemente a la vez que responden a fundaciones divergentes, y una democracia se define por la capacidad de soportar un conflicto fundacional, porque en lugar de debilitar el compromiso de los ciudadanos en convicciones efectivas contribuye a forjar el consenso por avance; como expresa Rawls<sup>21</sup> es pluralista en tanto admite una fundación plural para convicciones ampliamente consensuales. Las democracias occidentales parecen distinguirse del resto del mundo por su entrelace de herencias heterogéneas, como la judeo-cristiana, greco-romana, humanista y por ese tejido de comportamiento ético consensuado-conflictivo. Sin embargo, en nuestros países se da algo semejante y tal vez más fuerte a través de la convivencia de culturas diferentes, que además pasaron en el caso de las originarias por un proceso de conquista y colonización aún vigente en muchos aspectos.

Por ello, no se tratará de atenuar disonancias de opinión, sino más bien de reunir voces diferentes, que ponen a luz aspectos diversos que es necesario integrar: Ricoeur acepta con Luc Ferry el procedimiento argumentativo, que satisface la exigencia de fundamentación, en tanto trasciende determinaciones particulares sin ser exterior a la autonomía individual. Si bien ello supone cierta

ontología con respecto a la actitud del hombre para ingresar en una ética de la discusión, no puede prescindir de las tradiciones como vehículo histórico de las opiniones. La discusión pone a prueba las convicciones, revela el carácter conflictual del problema fundacional, no quedando de este modo tan tributaria del racionalismo occidental al confrontarse su pretendido universalismo con culturas diferentes, aunque en realidad haya apenas comenzado tal confrontación. Reconoce los límites de una fundación puramente procedual cuando se plantea la cuestión del sentido del sentido, que sugeriría una lectura religiosa, no reducible a tradición ni superstición sino de carácter religante universal.

Casi todos los autores hacen hincapié en la idea de responsabilidad. Entre ellos, Hans Jonas<sup>22</sup> insiste en que la novedad de la era tecnológica exige orientarse hacia un futuro lejano, que excede las consecuencias previsibles: se ingresa en la perspectiva de las mutaciones de la acción, con respecto a las cuales se da una responsabilidad específica cuando se trata de una misión confiada, una tarea a cumplir según reglas, una carga que se asume, y la misión más delicada es la protección de una realidad frágil, perecedera. En este sentido somos responsables del futuro más lejano de la humanidad, la perpetuación de la historia humana. Ello excede a una ética próxima sellada por el respeto a la persona y la preocupación de reciprocidad, se extiende tanto como nuestros poderes en el espacio y en el tiempo y en la amplitud de la vida, es sin reciprocidad asignable porque no conoceremos a los descendientes que nos podrán pedir cuenta; la humanidad puesta a nuestro cuidado es así esencialmente frágil, es lo perecedero por excelencia; aunque el hombre siempre supo de su mortalidad, ahora se ha vuelto peligroso para la especie y la naturaleza. Contrariamente a la idea moderna del progreso indefinido, que reposaba sobre una noción optimista de la naturaleza y de la acción humana, la experiencia de la evolución tecnológica es un concepto problemático, porque el riesgo de una acción humana desmedida que acecha y provoca temor lleva a una toma de conciencia de los perjuicios, desgastes, destrucciones posibles; de allí la novedad de una idea de responsabilidad ante mutaciones sin precedente, de alcance genético y cósmico. Entonces la principal máxima moral es el ejercicio de la medida, la retención, la abstención en el actuar.



Esta idea de responsabilidad como guardia de lo perezado, misión confiada, que le toca al hombre contemporáneo por haberse invertido, mediante la evolución tecnológica y su correspondiente capacidad de intervención, la relación mundo habitable-acción humana, se aplica a todos los ámbitos y desde las particularidades de cada uno se reformula la idea clásica de imputación a un agente con respecto a una acción pasada y sus posibles implicaciones, precisándola y enriqueciéndola. Informa a una ética de la responsabilidad que trasciende a la ética individual de la convicción, incorporándola al ámbito más amplio de la praxis política, dado que el ejercicio del poder es el lugar de conflicto entre el aspecto idealizante de la convicción moral y el aspecto pragmático del compromiso político –Antígona y Sófocles, el alma bella y el héroe de la Fenomenología hegeliana del Espíritu, el monopolio de la violencia legítima por parte del Estado y los pacifistas que no se preocupan por el impacto político–, conflicto real derivado de la paradoja política entre forma y fuerza, que se propaga a otras esferas de la acción en la medida en que se requieran opciones. De este modo, el ámbito político no se revela como un aparte o suplemento, sino el lugar en el que se cristalizan las decisiones para las comunidades históricas, nacionales o supranacionales. A su vez, la idea de responsabilidad, deberá incorporar a la de convicción, en tanto se enraiza en ella y para no confundirse con la mera eficiencia, como a menudo ocurre, por ejemplo, en la esfera económica. Esta pertenencia a un orden ético a la vez superior e interior está abierta al conflicto de las interpretaciones y la democracia parece ser el lugar para perseguirla a través del diálogo en el respeto por las diferencias.

## Notas

<sup>1</sup> F. Lenoir compil., *Temps de la responsabilité*, E du Seuil, París 1991, ofrece un análisis y una reflexión ética de diversos autores acerca de estas mutaciones.

<sup>2</sup> Entre la numerosa bibliografía existente al respecto, E. Guhl N. compil., *Medio ambiente y desarrollo*, Tercer Mundo, Bogotá 1993, recoge reflexiones de diversos autores en dimensión internacional y también con referencia a nuestros países en América Latina, desde la óptica de éstos.

<sup>3</sup> M. Heidegger ha insistido a lo largo de su obra en la necesidad de viraje del ente al ser, de lo derivado a lo originario y su despliegue en el cuarteto del mundo. Entre otros escritos, encontramos una particular inspiración para el tema que nos ocupa en *Construir habitar, pensar; La cosa*; ambos en 'Vorträge und Aufsätze', recientemente traducido al español: 'Conferencias y artículos', Odos, Barcelona 1994.

<sup>4</sup> Entre otros autores que examinan comparativamente nuestra situación C. Katz, *Economía latinoamericana. De la década perdida a la nueva crisis*, Letra Buena, Buenos Aires 1992.

M. Casalla, *Tecnología y pobreza*. Fraterna, Buenos Aires 1988.

C. Galli L. Scherz compil., *Identidad cultural y modernización*, Edic. Paulinas, Buenos Aires 1992.

<sup>5</sup> Si bien en el estado actual de cosas cabe distinguir con P. Ricoeur (*Ética y política*, en «Educación y política», Docencia, Buenos Aires 1984) entre la racionalidad económica abstracta, correspondiente a un mecanismo exterior de necesidades, y la razonabilidad política que atiende a la organización de la comunidad histórica y por lo tanto a la solución de sus conflictos, creemos que aquella racionalidad debe ser repensada en sí misma para que vuelva a ser razonable.

<sup>6</sup> Entre ellas, J.M. Varaut, *Lo posible y lo prohibido*, Atlántida, Bs. As. 1969. M. Vidal, *Bioética. Estudios de bioética racional*, Tecnos, Madrid 1989. Suzuki. Nudtson, *Genética. Conflictos entre la ingeniería genética y los valores*, Tecnos, Barcelona.

<sup>7</sup> N. Wiener, *Cibernética o el control y comunicación en animales y máquinas*, Tusquets, Barcelona 1965. En el prólogo a la segunda edición de 1961, registra el despliegue asombroso que tuvo lugar en diferentes aspectos desde la época de su primera edición de 1948.

<sup>8</sup> M. McLuhan, *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*, Diana, México 1989.

<sup>9</sup> Orwell, *Rebelión en la granja*, Destino, Barcelona 1984. T.W. Adorno y M. Horkheimer, *Dialéctica del iluminismo*, Sur, Buenos Aires 1971. Ídem, *Sociológica*, Taurus, Madrid 1971.

<sup>10</sup> N. García Canclini, *Culturas híbridas-estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Grijalbo, México 1990.

J. Martín Barbero, *De los medios a las mediaciones*, G. Gili, Barcelona 1991.

<sup>11</sup> G. Vattimo, *La sociedad transparente*, op. cit. U. Eco, *Apocalípticos e integrados*. Lumen, Barcelona 1993,

Ídem, *La estrategia de la ilusión*, de la Flor, Buenos Aires 1992. Entre otros autores, han insistido en la reconfiguración de la sociedad contemporánea a través de los medios masivos de comunicación y en la conciencia posmetafísica eventual de ser y configuracional de verdad.

<sup>12</sup> M. Heidegger, *Unterwegs zur Sprache*, Neske, Pfullingen 1965, consecuente con su intento de superación de la metafísica, de 'viraje' del ente al ser muestra, al preguntar por el lenguaje mismo, que se trata de ingresar en su hablar, de modo que la pregunta por la esencia del lenguaje se convierte en el lenguaje de su esencia.

<sup>13</sup> Nos parece valioso el análisis que P. Ricoeur hace del despliegue de la libertad en los diferentes ámbitos de la acción humana, desde el personal e interpersonal, pasando por el político-económico, hasta la relación con el contexto cósmico, cada uno con sus exigencias específicas e irrenunciables.

<sup>14</sup> Son sugestivas al respecto las reflexiones de H. Arendt, obligada a discernir conceptos a partir de su experiencia del totalitarismo: *Los orígenes del totalitarismo*, 1951; *La condición humana*, 1969, Paidós, Barcelona 1993.

<sup>15</sup> J. G. Castañeda, *La utopía desarmada*, Ariel, Buenos Aires 1993, ve en los intersticios de un poder globalizador la posibilidad de apuntar a un ideario, y en la construcción de una coalición política y social la de adoptar un programa alternativo.

Por su parte, diversos especialistas insisten en la necesidad de la emergencia civilizatoria de los pueblos latinoamericanos, desde las posibilidades que ofrecen sus estilos de vida, a través del encauce institucional de las mismas: A. Colombres compil., *América Latina: el desafío del tercer milenio*, Edic. del Sol, Buenos Aires 1993. Una voz dramática de esa exigencia, que hoy entre muchas otras ha alcanzado notoriedad y valor paradigmático para el continente, es la insurgencia indígena de Chiapas, México, reclamando aún, después de casi dos siglos de independencia política y en medio de la indigencia, ser sujeto político, y tratándose nada menos que de la población originaria: C. de Lella - A. M. Ezcurra compil., *Chiapas - entre la tormenta y la profecía*, Buenos Aires 1994, ofrece amplia documentación y autorizados comentarios.

<sup>16</sup> Tal como en los años sesenta entre la escuela hermenéutica, representada por H. G. Gadamer, y la escuela de Frankfurt, representada por K. O. Appel y J. Habermas: H. G. Gadamer, *Kleine Schriften, Gesammelte Werke*, J. C. B. Mohr (Siebeck), Tübingen.

<sup>17</sup> J. Habermas, *Conocimiento e interés*, Taurus, Madrid 1962, y *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid 1987.

<sup>18</sup> G. Vattimo, *Ética de la interpretación*, Paidós, Buenos Aires 1992.

<sup>19</sup> Intentada por P. Ricoeur a lo largo de su obra, a través de una lectura filosófica de las diferentes interpretaciones producidas por la cultura occidental, que ubica su lugar de juego y por lo tanto sus límites y a partir de allí sus posibilidades de integración entre sí.

<sup>20</sup> Entre ellos, R. Rorty, *La prioridad de la democracia sobre la filosofía*, en G. Vattimo compil., «La secularización de la filosofía», Gedisa, Barcelona 1992. P. Ricoeur, *Postface au Temps de la responsabilité de F. Lenoir*, en «Lectures I», du Seuil, París 1991, ofreciendo un análisis y reflexión ética acerca de las mutaciones cualitativas, que hemos tenido en cuenta.

<sup>21</sup> J. Rawls, *Teoría de la justicia*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 1993.

<sup>22</sup> Hans Jonas, *Le principe de responsabilité*, Du Cerf, París.